

*Misérias felices de tres
viajeros en Escandinavia*



Julio Verne



Novela no terminada escrita dos años antes de *Cinco semanas en globo*. Solo sobrevivieron las primeras doce páginas correspondientes al primer capítulo de la novela, escritas a partir de las notas tomadas por Jules durante un viaje a Escandinavia en 1861 con dos de sus mejores amigos, el músico Aristide Hignard y el abogado Emile Lorois.

Manuscrito no publicado hasta el año 2003. Amiens, Bibliothèque Municipale. El manuscrito original fue publicado en la revista *GEO Hors-série Jules Verne*, París, 2003.



Jules Verne

Miserias felices de tres viajeros en Escandinavia (Edición SHJV)

**Obras completas de Julio Verne - Novelas póstumas de Julio
Verne - 13**

ePub r1.1

Titivillus 17-01-2018

Título original: *Joyeuses misères de trois voyageurs en Scandinavie*

Jules Verne, 2003

Traducción: Cristian Tello de la Cruz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





Asociación literaria y cultural sin ánimo de lucro creada en el 2012 en Palma de Mallorca, España.

En colaboración con:

Sociedad Hispánica Jules Verne

MISERIAS
FELICES DE TRES
VIAJEROS EN
ESCANDINAVIA

Jules Verne

Capítulo I

Una idea fija - La locura de los viajes - Demasiado entusiasmo de mis compañeros - Nuestra trinidad - Preparativos de partida - El diccionario de G. Belèze - Las adquisiciones - Visita al barón de Rotschild - El abandono del cadáver - Invitación al vals de los viajeros - ¡Adiós! ¡Bella Francia! ¡Adiós!



es confesaré francamente, a mis lectores, que aún no había salido jamás de mi país, y moría de deseos por viajar. Esta pasión comprimida en mi interior desde los veinte hasta los treinta años venía en aumento. Había leído todo lo que puede y hasta lo que no puede leerse acerca de los viajes, y si esta lectura no osificó los lóbulos de mi cerebro, es porque he sido felizmente afortunado.

Después de los viajes de Cook, Ross, Dumont d'Urville, Richardson, y hasta de los de Alexandre Dumas, me quedó bastante apetito para devorar los sesenta y seis volúmenes de *pittoresque l'Univers*

, una obra de benedictinos que las más duras reglas de su orden jamás les hubiesen condenado a leer. Las aventuras, los descubrimientos, las expediciones, las excursiones, las romerías, las campañas, las emigraciones, las exploraciones, los itinerarios, las peregrinaciones, las travesías, el turismo, estas mil palabras mágicas, puestas al servicio de una misma idea, se cruzaban, se entremezclaban, se amalgamaban, se combinaban y se arremolinaban en mi cerebro. Llegué a enfermarme. La nostalgia por los países extranjeros me embargaba seriamente. Era necesario,

a cualquier precio, salir de Francia, dejar esa comarca natal, huir de mi patria, donde no vivía más, donde no dormía, donde no respiraba.

No sé si mis lectores han sido invadidos en algunas ocasiones por una invencible pasión. Lo espero. Entonces me comprenderán, se darán cuenta del estado de un espíritu al cual diez años de lecturas constantes habían amontonado un exceso de impaciencias, de tentaciones, de deseos devoradores. Llegué a identificarme absolutamente con los grandes viajeros, cuyas obras absorbía. Descubría las comarcas que habían descubierto, tomaba posesión en nombre de Francia de las islas sobre las cuales plantaron su pabellón, era Colón en América, Vasco de Gama en las Indias, Magallanes en la Tierra del Fuego, Jacques Cartier en Canadá, Cook en Nueva Caledonia, Durville en Nueva Zelanda, siempre y por todas partes francés, ya fuese hallando las islas Labrador, México, Brasil, Guinea, Congo, Groenlandia, Perú o California. Citando la expresión de Chateaubriand, la Tierra me parecía demasiado pequeña, pues le había dado la vuelta, y me apenaba que existiesen solo cinco partes del mundo.

Tengan en cuenta, además, que nunca he abandonado ni Francia, ni mi departamento, ni París, ni mi barrio, ni mi calle, ni mi casa, ni mi habitación. Era allí que, entre cuatro paredes empapeladas con mapas geográficos, me excitaba sin hacer nada. Mis libros de viaje no me bastaban ya. Me suscribí al periódico *Le Tour du Monde*. Fue el golpe de gracia. Los grabados fueron mi ruina. Esos dibujos salidos de los lápices de Doré, Durant-Brager, Riou, Hadamar, Girardet, Flandin, Lancelot, artistas todos de gran talento para reproducir lugares que nunca habían visto, me colmaron la imaginación a su máximo de intensidad. So pena de partir para el otro mundo, debía viajar a cualquier precio. Con estas palabras, a cualquier precio, quiero decir que a un precio reducido; mi Ministro de Finanzas no pensaba abrirme créditos suplementarios, y, como no tenía un sistema de transferencia que me permitía aplicar a las necesidades de la guerra lo que le pertenecía a la agricultura, no soñaba más que con cortar un nabab en el viaje.

Cuando esta idea de viajar se apoderó de mí, no me dejó un momento más de respiración.

Después de haber reflexionado durante mucho tiempo, elegí los Estados escandinavos como objetivo de mis exploraciones; estaba atraído por las regiones hiperbóreas, como la aguja magnetizada por el Norte, sin saber porqué.

Por otra parte, los otros países, los tenemos muy a la mano. ¡Quién no va con frecuencia a Italia, Alemania, Suiza, o Argelia! ¿Cuál de mis lectores no pasó alguna vez por los Alpes o los Pirineos? ¡Nada más fácil, y muchos (los que encontraron que el paseo era demasiado fácil) se han abstenido de hacerlo! Soy de su opinión. Por lo demás, me gustan los países fríos por temperamento: Escandinavia se convirtió en mi deseo. Está compuesta por Suecia, Noruega, y Dinamarca, tres poéticas regiones, vagas como las poesías de Ossian; pero había un mar que cruzar, y no hay buen viaje sin un objetivo de navegación.

Algunos paisajes publicados en *Le Tour du Monde* sobre Noruega y Dinamarca me sedujeron de manera considerable. Pensé encontrar por allí los salvajes de Oceanía, los esquimales de Groenlandia, la Suiza en grande, la América septentrional en pequeño, eso que mi espíritu soñaba, lo más insólito y lo menos común, eso que pocas personas habían visto, de aquellos que tienen la desastrosa práctica de escribir sus impresiones de viaje, en fin, una región a la vez muy nueva y muy vieja, que respondiera a las más alocadas expectativas de mi imaginación. Añadiría esto, pero que nadie lo tome de mala fe.

Revisando el libro del señor Enault sobre Noruega, leí este curioso pasaje:

«A medida que se avanza hacia el Norte, se sube, se sube siempre; pero de una manera tan uniformemente insensible, que solo te percatas de la altura a donde llegas al observar el barómetro que aumenta y el termómetro que baja».

Esta afirmación de un agradable escritor me espantó. Invertía por completo mis conocimientos más elementales de Física; la antítesis era graciosa, pero hubiese sublevado a los científicos en ciernes. Me figuraba hasta entonces que el barómetro y el termómetro, elevándose sobre una montaña, debían bajar de común acuerdo, uno como consecuencia de la disminución de la

temperatura, y el otro como consecuencia de la disminución de la presión atmosférica. El antagonismo de estos dos instrumentos me pareció raro. Me dije que Noruega debía ser un país curioso, para que las cosas pasen de este modo, así que resolví ir a observar el hecho.

Pero no había que viajar solo; puesto que un viaje se necesita de un confidente, lo mismo, al menos, que en la tragedia. Sin un Acaste complaciente, ¿a quién hacer partícipe de sus impresiones?, ¿cómo encender solo la pipa al fuego del consejo por las decisiones a tomar?, ¿sobre quién descargar su mal humor? Había seguido por mucho tiempo el curso de amistad comparada del profesor A. Karr; sabía lo que se puede hacer de un amigo si se le maneja con sapiencia. Buscaba, pues, a esta segunda mitad de mí mismo, bien decidido a someterlo a todos los caprichos de la primera.

Conocía al mejor muchacho del mundo, dócil, espiritual, un poco indolente, un poco lento, con las piernas demasiado cortas para ser un gran andarín, gran artista, por lo tanto susceptible a ver en un viaje esas cosas encantadoras que no existen.

—Está disponible —me dije—. Estará de acuerdo en seguirme, y seguirme es la palabra, ya que me imagino que irá siempre detrás de mí, propongámosle la expedición.

Se concretó un buen día. Aceptó sin hacerse de rogar. Se llamaba Aristide H... Era un músico talentoso; soñaba ver a Elseneur bajo el pretexto de tener una cierta partitura de Hamlet.

—¡Escandinavia! —gritó—. Visitar el país de Odin, Thor y Freyr. ¡Los tres dioses del Wahala conocidos bajo el nombre del Sublime, el Igualmente Sublime y el Tercero! ¡Adorar a Freya, la diosa del amor, Aegyr, el dios del océano, Kar, el dios de los vientos, Loki, el dios del fuego, Tyr, el dios de la guerra, y Bragi, el dios de la elocuencia! ¡Y el lobo Feuris encadenado hasta los últimos días del mundo! ¡Sacrificar a las tres Parcas, Urd, la antigua, Verandi, la presente, y Sihuld, la tercera! ¡Inspirarme de los cantos de la anciana Edda y del color de la cosmogonía escandinava! ¡Sentarme en el hogar de esta familia antigua, Snaer la nieve y sus tres hijas, Faun, la nieve congelada, Driva, la nieve fundida, y Miol, la nieve blanca! ¡Amigo! ¡Piensas que pueda dudar!

¡Me asombró esta erudición inesperada! Uno no se imagina de lo que es capaz un músico que concibe una partitura; hasta hay que

destacar que los conocimientos históricos de este compositor sobrepasaban a muchos de aquellos de los que hacen los libretos. ¡Comenzaba a lamentar mi propuesta! Un compañero de viaje más entusiasta que yo no me convenía del todo. Así las cosas, era él quien me llevaba, y tenía toda la intención de seguirle.

En fin, me resigné, pues, además, los amigos eran pocos en el siglo XIX. Detuve esos ríos de erudición de Aristide, que amenazaban con sumergirnos, y sellamos el pacto.

—¿Cuándo partimos? —me dijo.

—En julio —respondí—. Estamos en mayo y tenemos tiempo para prepararnos.

—¿Está convenido?

—Sí, está convenido.

—¡Bien! —agregó mi músico—, voy a leer todo lo referente a los países escandinavos.

Era algo alarmante, pero una feliz idea me vino a la mente abandonando al entusiasta compositor.

Decididamente, pensé, el ser dos para viajar, es algo agradable, pero eso no crea una mayoría en las graves situaciones. ¡Tres buenos compañeros de viaje son capaces de hacerlo mejor! Quizás hay peligros que correr en esos países desconocidos, y es necesario ser más numerosos. Este diablo de músico es capaz de arrastrarme a lugares mitológicos donde no tengo nada que hacer. Es un Bretón, es decir un testarudo, que solo pasará por aquellos lugares por donde él quiera pasar. Seamos tres. Siempre se le han atribuidos propiedades notables a esta cifra. Los pitagóricos así como los platónicos lo consideraban entre los números perfectos. Los griegos tenían los tres grandes Dioses, las tres Gracias, las tres Parcas, las tres Furias, la triple Hécate; los indios, el Trimourti, y los romanos los tres Horacios. Los cristianos tienen a la Trinidad. El padre, la madre y el niño forman ellos tres la familia. Existen tres reyes magos, tres sacerdotes en la gran misa, tres reinos en la Naturaleza, tres jueces en la policía correccional, tres reinos en los estados escandinavos, y tres gruñidos en Inglaterra para aprobar las mociones liberales ¡El número tres les agrada a los dioses! ¡Seamos tres! ¡Y que el cielo nos proteja!

Esas magníficas razones, esos argumentos irrefutables, lo reconoceré a mi vergüenza, cubrían mi temor de ser desbordado por

mi músico. Me decidí pues, ya que mi segunda mitad me preocupaba, a buscar al tercer tercio de mí mismo. No fue una cosa fácil. Me dirigí sucesivamente a un gran número de mis amigos. Fui rechazado por todos.

¿Ir a Suecia?, me decían, ¿recorrer Noruega?, ¿atravesar Dinamarca?, ¿acaso esos países existen?, ¿no se los inventó para el equilibrio europeo?, ¿acaso no son imaginarios como las latitudes y los meridianos? ¡Pero, esas son regiones quiméricas donde nadie va, y de donde no regresan los locos que allá se aventuran a ir! ¿Qué va a hacer allá?

—Pues, visitarlos.

—¡Eso no se visita! —me respondían. ¿Se ha encontrado en alguna ocasión con un sueco o un noruego?

—Nunca.

—¿Y entonces?

—Pero me parece que la gran Christine, Monalderchi, el *ballet* de Gustave, Linné, Bernadotte.

—¿Los ha visto?

—¡No! Pero he oído hablar de ellos.

—¡Y eso no es suficiente! ¡Veamos! ¡Razonemos, y sea franco! ¿Qué pretende ver en Noruega?

—Ver las cataratas.

—¡Las cataratas! Pero aquí las tienes todos los días en París; ¡no merece la pena ir tan lejos!

—De acuerdo...

—En fin, ¿conoce la lengua del país?

—No.

—¿Tiene suficiente dinero?

—¡Muy poco!

—¡Y quiere viajar al extranjero! ¡Está loco!

Loco o no, yo insistí en mi idea. Esos razonamientos muy válidos y perfectos no me afectaron, aun cuando ciertas personas que son eminentemente prácticas los acompañaron con un encogimiento de hombros. Como Diógenes, busqué a mi hombre.

Más feliz, aunque mejor vestido, que el filósofo de Sniopé, lo encontré finalmente. Era un abogado, que pese a sus numerosos clientes disponía de mucho tiempo de ocio. Se llamaba Emile L..., y tenía largas piernas, de las cuales podía, sin dañarse, ceder algunos

centímetros a las del compositor. Aparte de tres o cuatro enfermedades mortales de las cuales se creía poseído, se portó de maravilla, y no era hombre que se detuviese en el camino.

Le hice partícipe de mi idea. Sonrió, dio tres pasos de un metro veinticinco, y me dijo:

—¡Magnífico proyecto, querido mío! ¡Visitar los estados escandinavos! ¡Estudiar la Constitución de 1809, las disposiciones de la Dieta, en Suecia, país en que el gobernador ha tenido el honor de poseer un gobierno representativo! ¡Leer los reglamentos de Sten Sture, el Antiguo, quien admitió a los campesinos en la representación nacional! ¡Oír los discursos de Ander Danelson, el orador más notable del Westrogothie! ¡Hojejar la recopilación de las leyes de 1822! Ver funcionar el *koemnestroett*, primer grado de jurisdicción, el *radhustroett*, tribunal de apelación, el *hofstroett*, tribunal superior de justicia, y finalmente el *hogstodomstol*, ¡tribunal supremo presidido por el Ministro! ¡Excavar esas leyes especiales, siendo la más curiosa aquella que conceden a las mujeres del cantón de Woerend el derecho a compartir las sucesiones con los hombres, en memoria de las victorias que lograron sobre los daneses! ¡Revisar las obras de los profesores Afzelius, Walhenberg, Svanberg, Gefer, Frier, Nilsson! ¡Poner el pie en las Universidades de Lund y Upsal! ¡Pues, ese es el sueño de mi vida, y la realización de mis más codiciados deseos!

Creí que los diluvios se habían terminado después de la invención del arco iris. ¡Me equivocaba! En fin, las cataratas se detuvieron, tras cuarenta minutos, sino tras cuarenta días.

—¿Cuándo partimos? —me dijo Emile, incluyéndose por adelantado.

—El primero de julio —respondí—. Estamos en mayo, y tenemos tiempo de prepararnos.

—¿Está convenido?

—Sí, lo está.

—Bien, voy a informarme sobre la legislación noruega —agregó mi abogado dejándose.

—Decididamente —me dije—, ¡es a mí a quien se lleva!

El abogado conocía al músico. Allá iba completamente solo.

Renuncié a buscar un cuarto compañero. ¡Un médico solo hubiese hablado de la elefantiasis y la lepra de los pueblos

ictiófagos! ¡Un militar, de cuartel y de maniobras! ¡Un agricultor, de drenajes y de rotaciones de cosecha! Sin embargo, no quería ver nada de esto en el viaje, pidiendo solo a la naturaleza que me mostrase sus mayores maravillas naturales, preocupándome poco por el estilo de una edificación, si armonizaba con el paisaje, ni por la estratificación de una montaña, después de haber alcanzado las más altas cumbres.

En resumen, mis compañeros eran dos valientes muchachos. Por otra parte, no soy tan afable como un abogado, cuando no está cubierto con los vestidos del otro sexo. En cuanto a los músicos, contradicen completamente la opinión de Hésiode, que los considera, al igual que a los alfareros y los herreros, como las gentes más envidiosas del mundo. Está claro que no garantizo nada por los herreros y los alfareros.

Nuestra Trinidad se reunió frecuentemente durante los dos meses que precedieron la partida. ¡Pasábamos las horas devorando los mapas y decidiendo el itinerario! Emile sabía bastante bien el inglés. La casa Hachette aún no publicaba un *Joanne* en el país, se sumergió entonces en el *Murray* para mi gran desesperación, ya que con estos malditos libros, no hay más imprevistos.

Compré los mejores mapas de Suecia. Con el compás en la mano, tomábamos nuestras distancias, cruzábamos los torrentes, y con un paso ágil, franqueábamos las montañas.

—¡Eh! —nos decíamos, cuando pensábamos que haríamos todo eso en la vida real.

Y nuestras fisionomías respiraban una felicidad mezclada de orgullo. Las grandes piernas de Emile se balanceaban, prestas a devorar el espacio. Le seguía a duras penas. En cuanto a Aristide, ya se sentía un poco cansado.

—En cuanto a mí —repetía sin cesar el abogado—, ¡no soy de la gente que piensa conocer un país por haberlo atravesado en ferrocarril! Estoy bien decidido a verlo todo.

—¡Pues yo también! —respondí.

No podíamos ni discutir en ese sentido.

Finalmente, tras numerosos debates, debidos a la irritabilidad de nuestros nervios, se decidió que el viaje comenzaría por Suecia. Debíamos llegar a Lubeck por Colonia-Hannover-Hamburgo, y de allí embarcarnos para Estocolmo. Eso me prometía una navegación

muy agradable. Cruzando las cumbres de Alemania, intentaríamos percibir las lo más posible.

El mes de junio fue bien largo, a pesar de sus treinta días, bien perezoso a pesar de sus quince horas de sol; no vivía ya. Mi imaginación se perdía a lo lejos. Me agitaba sin cesar. Me entusiasmaba como un verdadero jinete, dando largos trotes a través de la llanura de Saint Denis acostumbrándome a largos recorridos. Subía el cerro Montmartre, muy orgulloso por desempeñar el papel de montaña. Mis pulmones se acostumbraron a resoplar. Desde esos asientos poco soberbios, mi mirada se extendía sobre la gran capital, a la que llamaba «océano parisiense». Luego, al bajar, observaba de reojo, menospreciando a los caminantes sedentarios que seguían las simples calles, cuando existían rutas, que pasaban por lugares estrechos, cuando existían llanos que atravesaban el Sena en lugar de pasar los mares, y me decía con un sentimiento de piedad: ¡he aquí la gente que no va a Noruega!

El señor G. Belèze había publicado un *Diccionario de la vida práctica* y resolví obtener de él la información necesaria para los viajeros. Recomendaba, en primer lugar, proveerse de un pasaporte. Estábamos en regla delante de todas las cancillerías extranjeras con respecto a eso. Aconsejaba tomar los buques a vapor preferiblemente a los buques de vela. Esa era nuestra intención. Agregaba el no olvidar algunas provisiones de ron y tabaco, dos artículos, decía, que distribuidos a propósito, hacen conquistar la benevolencia y el aprecio de los marineros, con los cuales siempre es importante estar en excelentes relaciones.

Tuve en cuenta esta preciosa y notable observación. Hacía hincapié en la calidad de los zapatos, y el empleo del abrigo de caucho. Por último, él terminaba recomendando el proveerse de un arma de fuego, si no para defenderse, al menos para pedir auxilio; ya que, decía, hay desgraciadamente demasiados ejemplos de turistas caídos con una fractura, muertos miserablemente a escasa distancia del lugar de donde le hubiesen podido brindar ayuda si hubiesen estado en condiciones de invocarla mediante la detonación de un arma de fuego.

La frase de M. G. Belèze era un poco larga, pero venía del corazón; me hizo estremecer de emoción, y me hizo recordar esto: ¡tener siempre mucho cuidado de caer solo a la puerta de quien

pueda ayudarte!

Provistos de esas preciadas informaciones, mis dos compañeros y yo, hicimos nuestras adquisiciones. Cada uno de nosotros encontró en la fábrica de Deel y Mayor, un excelente abrigo de caucho al precio de 25 francos. Una maleta de piel de jabalí con doble forro, un sólido báculo, un bolso de viaje suspendido por una correa de cuero barnizado, y un revólver del que me convertí en su orgulloso dueño, completaron nuestros utensilios de viaje.

Cada uno tuvo, además, su botella llena de aguardiente, de *kirsch* o de ron. El abogado compró una rodilla de asno para sacar el agua de los torrentes, y que tenía la ventaja de infectar la onda más pura. Poseía una libreta de procedencia inglesa «patente de Henry Penny», Aristide, un álbum destinado a recoger las ingenuas melodías de estos pueblos primitivos, y Emile, un libro de contabilidad. Llevaba la caja.

Entre nosotros tres, presionándonos un poco, habíamos reunido 3500 francos. Con eso, se iba al fin del mundo.

Cambiamos dos mil francos en moneda extranjera. El resto se empleó en procurarnos un trato con algún banquero de Estocolmo.

Uno de mis amigos, al cual treinta años de negocios le habían dado espléndidas relaciones, me condujo ante el barón de Rothschild.

No conocía a este gran financiero. Entré audazmente en sus oficinas. A fin de cuentas, era un cliente. Me ofreció un trato, es verdad, pero debía pagarle intereses y comisiones. Se convertía entonces en mi obligación. Mostraba el rostro altivo. Un hombre que entregaba una suma de mil quinientos francos, tenía derecho a ciertas consideraciones.

Henri Heine contó que el orinal del señor barón vino a pasar un día a su antecámara y la muchedumbre de solicitantes se descubría a su paso. Me juré a mí mismo que si el utensilio en cuestión se mostraba, permanecería cubierto ante él, no por orgullo, sino por dignidad. Afortunadamente, no fui puesto a prueba.

En fin, conseguí un trato en [el nombre del banco falta] de Estocolmo, pero no se me dio atención alguna. Fui por mis minas, y salí observando altivamente al barón, sentado delante de las cuerdas de las campanas multicolores de su oficina de trabajo.

Mis dos compañeros habían obtenido por su parte varias cartas de recomendación para los cónsules franceses de Suecia y un

médico de Christiana. Eso me pareció realmente inútil.

Finalmente, el mes de junio pasó, ¡pero la partida se fijó para el 2 de julio! Con un día de retraso. Hacia un buen tiempo que habíamos dado ciertos conmovedores adioses a nuestras desconsoladas familias. Como consecuencia de un acuerdo verbal, se decidió que si uno de nosotros sucumbía en el viaje, no se traería su cadáver.

Existía en París una agencia central del Norte. Allí se conseguían pasajes para el trayecto directo de París a Estocolmo por Lubeck. Era necesario llegar a esta última ciudad para poder embarcarse el viernes 5 de julio por la noche. No había, por tanto, tiempo que perder si queríamos detenernos veinticuatro horas en Hamburgo.

El precio del boleto era de doscientos diez francos de París a Estocolmo en confortables compartimientos y por tren mixto. Los tres fuimos a la agencia y, una vez allí, mis ojos no pudieron apartarse de un cuadro que representaba al *Svéa* que realizaba la travesía del Báltico.

Pagamos el precio, y nos dieron un pequeño cuaderno rojo, cuyas hojas debían caer poco a poco a lo largo del viaje, y una tarjeta destinada a regular nuestra admisión a bordo del *Svéa*.

Por fin, aquel martes llegó. Hacía ocho días que no salía sin mi abrigo de caucho y mi mochila.

Que mis lectores no encojan los hombros. Puede el cielo haberles dado el gusto de los viajes, con un poco de esa imaginación nerviosa y esa filosofía que hace encontrar todo bello por los grandes caminos. Si tienen el fuego sagrado, que me lean y me informen del precio de las cosas y los medios de comunicación. Luego, ¡que partan para Suecia, Noruega y Dinamarca! ¡No son los países de todo el mundo, no se encuentran allí sus comodidades! Pero no importa. ¡Eso es un verdadero viaje! Llanos, montañas, bosques, arroyos, torrentes, ríos, lagos, mares, recorridos a caballo, a pie, en posta, en carretas, en carricoches, ascensiones peligrosas, pendientes arriesgadas, tendrán todo aquello que quiebra las piernas con gran satisfacción del corazón, y si alcanzan solamente la mitad de la felicidad que me queda, ¡serán ricos en impresiones y felices en recuerdos hasta el final de sus días!

A las cuatro y media, estábamos en la estación del ferrocarril del Norte. ¡Mi pulso latía a noventa pulsaciones por segundo! ¿No

había olvidado algo? A cada momento tocaba mis bolsillos llenos; interrogaba a mi bolso, cuya cerradura se agrietaba bajo mis dedos.

Finalmente, nuestras maletas fueron pesadas, numeradas, y cargadas. Fui el primero en entrar en la sala de espera, como un conquistador. La campana resonó, las puertas se abrieron: y en un abrir y cerrar de ojos, nos hallábamos instalados en el compartimiento de un vagón. Emile y Aristide sentados en la parte trasera, yo delante.

A las cinco y diez, el vapor silbó con fuerza, la locomotora relinchó, el tren se sacudió, y para gran sorpresa de nuestros compañeros de viaje, los tres apoyados en las ventanas de la derecha, emitimos de común acuerdo este formidable grito: «¡Adiós Francia, adiós!».

FIN DEL MANUSCRITO

Colección de Novelas póstumas de Julio Verne

Hacia el final de su vida, Jules Verne escribió seis novelas que luego fueron modificadas en mayor o menor grado por su hijo. Estas historias fueron publicadas con el nombre de Jules durante mucho tiempo. Casi sesenta años después de la publicación de la última de las novelas pertenecientes a la flamante colección de los *Viajes Extraordinarios*, un investigador verniano descubre la implicación de Michel en la redacción de las últimas novelas del padre. Los textos originales de Verne que fueron publicados en francés a partir de la década del ochenta del siglo xx se consideran, por tanto, póstumos. Se incluye además en esta sección otros textos que fueron escritos por Jules y que por un motivo u otro nunca aparecieron en vida del autor, entre ellos el caso más notable, el de París en el siglo xx, novela rechazada por su editor Hetzel y que permaneció casi un siglo en manos de sus herederos sin ser publicada.

Títulos que forman la colección:

1. *El secreto de Wilhelm Storitz* (original). 1985
2. *La chasse au météore (Le bolide)* (original) [no traducida aún]. 1986
3. *El acrata de la Magallania (En Magallanie. Au bout du monde)*. 1987
4. *Le beau Danube jaune* [no traducida aún]. 1988
5. *El volcán de oro (original). (Le volcan [Le Klondyke]) d'or*. 1989
6. *Viaje con rodeos por Inglaterra y Escocia (Voyage à reculons en Angleterre et en Ecosse)*. 1989

7. *El tío Robinson (L'oncle Robinson)*. 1991
8. *Un prêtre en 1835* [no traducido aún]. 1991
9. *Jededias Jamet* [no traducido aún]. 1991
10. *Viaje de estudios [Voyages d'étude]* [no traducido aún]. 1991
11. *París en el siglo xx (Paris au XXe siècle)*. 1994
12. *El faro del fin del mundo (original)*. [*Le phare du bout du monde*]. 1999
13. ***Miserias felices de tres viajeros en Escandinavia***
(*Joyeuses misères de trois voyageurs en Scandinavie*). 2003



JULES VERNE. (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), conocido en los países de lengua española como Julio Verne, fue un escritor francés de novelas de aventuras y ficción científica, llegando a ser uno de los grandes autores escritores del siglo XIX.

Según datos de la UNESCO es el segundo autor más traducido del mundo después de Agatha Christie.

Licenciado en Derecho y establecido en París en su juventud, Verne se dedicó a la literatura pese a no contar con apoyo económico alguno, lo que minó gravemente su salud. Verne era un auténtico adicto al trabajo y pasaba días y días escribiendo y revisando textos. En su juventud escribió sobre todo poesía, teatro y cuentos.

En 1863, se erige en el creador de la novela científica al comenzar su ciclo de los *Viajes extraordinarios*, ciclo de novelas a través de las que describe el universo acercando a sus lectores a la ciencia y el conocimiento. Unido al apoyo de su editor Jules Hetzel, quien hizo que el éxito y las ventas de sus historias fueran en continuo aumento, publicó más de sesenta novelas entre las que destacan *Cinco semanas en globo* (1863), *Viaje al centro de la tierra* (1864), *De la tierra a la Luna* (1865), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870),

La vuelta al mundo en 80 días (1872) y *La isla misteriosa* (1874).

Para documentarse pasaba días enteros en las bibliotecas estudiando geología, ingeniería y astronomía, conocimientos que luego vertía en sus fantásticas aventuras y se adelantó con asombrosa exactitud a muchos de los logros científicos del siglo xx. Habló de cohetes espaciales, submarinos, helicópteros, misiles dirigidos e imágenes en movimiento. Esa capacidad de anticipación tecnológica y social le ha llevado a ser considerado como uno de los padres del género de la ciencia ficción, aunque los expertos en Verne afirman que más bien escribía ficción científica.